

puesto el prólogo de "La separación." La desgracia fué que la composición poética, en vez de calmarle, le excitó más aún. Y como necesitaba calentarse los sesos, imaginó una Carlota ideal, más hermosa, más seráfica que la otra, elevada por encima de la tierra, de toda la altura de su inspiración forzada.

Desde aquel momento la separación se hizo intolerable.

En cuanto hubo publicado la "Revista" el prólogo del poema, Hirsch y Labassindre quedaron encargados de llevar un ejemplar á la calle de Panoyaux. Una vez puesto aquel cebo, viendo D'Argenton que decididamente no podía vivir sin Carlota, resolvióse á dar el gran golpe. Se hizo rizar el pelo, perfumar, arreglar el bigote á la húngara, tomó un simón que había de esperarle en la puerta de la casa, y se fué á la calle de Panoyaux, á las dos de la tarde, cuando están solas las mujeres y envían al cielo torbellinos de humo negro todas las fábricas del arrabal.

Moronval, que le acompañaba, fué á hablarle al portero, y luego volvió:

—Puedes subir. . . . Sexto piso, en el fondo del pasillo. Está ella.

D'Argenton subió. Estaba más pálido que de costumbre, y latía el corazón. ¡Oh misterios de la naturaleza humana! ¡Qué seres como ese tengan un corazón, y que ese corazón pueda latir! Verdad es que era menos el amor que el acompañamiento del amor lo que le emocionaba; el lado romántico de la expedición, el coche en la esquina de la calle como para un rapto, y más que nada, su odio satisfecho; la idea del mal rato que pasaría Jack volviendo del taller, encontrándose

con que el pájaro había volado. He aquí el plan que había imaginado: aparecer ante ella de repente, caer á sus pies, aprovechar la turbación, el susto que había de producir la sorpresa, para abrazarla, envolverla, diciéndole: "¡Ven, huyamos!"; hacerla subir en coche. y ¡buen viaje!

Muy cambiada tenía que estar desde hacía tres meses para resistirse. He aquí por qué no la había él avisado; por qué andaba sin ruido por el pasillo, que sudaba miseria por todas sus resquebrajaduras, y cuyas numerosas puertas, con sus llaves puestas, parecían decir: "Aquí no hay nada que robar. . . . entre quien quiera."

Entró vivamente, sin llamar, con un "soy yo" misteriosamente modulado.

¡Cruel decepción! ¡Decepción eterna, unida á los pasos majestuosos de aquel hombre! En vez de Carlota, fué á Jack á quien halló delante de él; Jack, á quien una fiesta de familia de sus patronos hacía libre durante todo un día, y que hojeaba activamente sus libros mientras que Ida, tendida sobre su cama, abreviaba, como de costumbre, el aburrimiento de su ociosidad con una siesta de algunas horas.

En presencia uno de otro, los dos hombres se miraron estupefactos. Esta vez no estaba la ventaja de parte del poeta. Primeramente no estaba en su casa; y luego, ¿podía tratar como á un inferior á aquel muchachote, de cara inteligente y altiva, en la que resplandecía algo de la belleza de la madre, para desesperar aún más al amante?

— ¿Qué viene usted á hacer aquí?, preguntó Jack, impidiendo la entrada.

El otro se puso encarnado, pálido, y balbuceó:

—Creía yo... Me habían dicho que estaba aquí su madre de usted.

—En efecto, aquí está; pero estoy yo con ella, y no la verá usted.

Todo esto fué dicho rápidamente, en voz baja, con un mismo acento de odio.

Y Jack, avanzando con violencia hacia el amante de su madre, obligóle á retroceder, y se hallaron en el pasillo. Atontado, trató D'Argenton de recuperar su aplomo con alguna actitud, y con tono á la vez majestuoso y enternecido:

—Jack, le dijo, ha habido una equivocación entre nosotros durante largo tiempo. Pero ahora que ya es usted un hombre formal, conocedor de las cosas de la vida, es imposible que dure esa equivocación. Le ofrezco mi mano, hijo mío querido; una mano leal, que nunca ha mentado al estrechar otra mano.

Jack se encogió de hombros.

—¿Para qué esa comedia entre nosotros, señor mío? Usted me detesta, y yo le aborrezco...

—¿Y desde cuándo somos tan enemigos, Jack?

—Pues me parece que es desde que nos conocemos, caballero. Desde el tiempo á que alcanzan mis recuerdos, me siento el corazón lleno de odio contra usted. ¿Y qué podríamos ser usted y yo sino dos enemigos? ¿Qué otro nombre puedo darle? ¿Quién es usted para mí? ¿Debería yo siquiera conocerle? Y si á veces, durante mi vida, he pensado en usted sin odio, ¿le pareco que habré podido recordarle sin avergonzarme?

—Es verdad, Jack; convengo en que era falsa, muy falsa nuestra situación recíproca. Pero no puede usted

hacerme responsable de una fatalidad.... Después de todo, querido, la vida no es una novela.... no hay que exigir de ella.....

mas Jack le detuvo en medio de aquellas consideraciones laberínticas, de que nunca estaba desprovisto.

—Tiene usted razón, caballero. La vida no es una novela; al contrario, es cosa muy seria y muy positiva. Y la prueba está en que tengo todos los momentos contados, siéndome imposible perder tiempo en discusiones ociosas..... Durante diez años, mi madre ha sido de usted, su sierva, su cosa. Lo que yo he padecido durante esos diez años, nunca se lo dijo á usted mi altivez de niño; pero pasemos. Ahora mi madre es mía. Me he apoderado de ella, y sabré retenerla á mi lado por todos los medios posibles. No se la devolveré nunca. Y además, ¿para qué la quiere usted?... Ya tiene canas y arrugas: ¡tanto la ha hecho usted llorar!... No es una mujer bonita, una querida que pueda satisfacer su vanidad de usted. Es una madre; déjemela usted.

Mirábanse bien cara á cara en el descansillo lúgubre y miserable, en el que se oían á ciertos intervalos gritos de niños, ecos de otras disputas, tan frecuentes en la gran colmena obrera. Era el mareo que convenía á aquella escena humillante que removía vergüenzas á cada palabra.

—Equivoca usted el sentido del paso que he dado, dijo el poeta, muy pálido, á pesar de su gran desfachatez... Sé que Carlota es muy digna, que disponen ustedes de pocos recursos.... Venía yo, como antiguo amigo, para ver si hacía falta algo, si me necesitaban.

—No necesitamos á nadie. Mi trabajo nos basta.

—Se ha vuelto usted muy orgulloso, mi querido Jack. . . . No lo era usted antes.

—Es verdad, caballero. Y así es que su presencia, que antes podía sufrir, me es odiosa hoy día; y le prevengo que no estoy dispuesto á aguantarle á usted por más tiempo.

Era tan determinada, tan provocativa la actitud de Jack; era tan ardiente su mirada, que no se atrevió el poeta á añadir una palabra, y se retiró gravemente, bajando de nuevo los seis pisos, en los que su traje, su rizado y su elegancia formaban una mancha singular, denunciando uno de esos errores sociales que de una punta á otra de este extraño París unen entre sí tantos contrastes. Cuando Jack le vió desaparecer, entró. Ida, pálida, despeinada, con los ojos hinchados por el sueño y por las lágrimas, le esperaba de pie contra la puerta.

—Aquí estaba yo, dijo en voz baja. . . . Lo he oído todo, todo; hasta que soy vieja y tengo arrugas.

Acercóse á ella, cogióle las manos, y mirándola hasta en lo más profundo de sus ojos:

—No está lejos. . . . ¿Quieres que le llame?

Desprendió sus manos, y sin titubear, abrazó á su hijo en uno de esos arranques que la impedían ser una vil criatura:

—¡No, mi Jack! Tienes razón. . . . Soy tu madre, nada más que tu madre, y ya no quiero ser más que eso.

Algunos días después de esta escena, escribíale Jack al señor Rivals la siguiente carta:

“Mi amigo, mi padre; ya se acabó: me ha dejado y ha vuelto con él. Ha sucedido esto en circunstancias tan dolorosas, tan imprevistas, que el golpe ha sido más

rudo aún para mí. . . . ¡Ay! La mujer de quien me quejo es mi madre. Más digno sería callarme; pero no puedo. He conocido en mi infancia un pobre negrito que decía á cada momento: “Si el mundo no pudiera quejarse, el mundo se ahogaría de pena.” Nunca como hoy he comprendido aquella palabra. Creo que si no le escribiese á usted esta carta, si no arrojase este suspiro hacia usted, lo que tengo sobre el corazón me impediría respirar y vivir. Ni siquiera he podido esperar hasta el domingo. Está demasiado lejos y luego, delante de Cecilia, nunca me hubiera atrevido. . . . Ya le conté, ¿verdad?, la explicación que tuvimos juntos ese individuo y yo. Desde aquel día veía yo á mi pobre madre tan triste; parecíame tan por encima de sus fuerzas lo que ella había hecho, que resolví mudarla de barrio para distraerla y desorientar su dolor. De sobra comprendía yo que había principiado á reunirse una batalla, y que si quería yo ganarla, si quería conservar á mi madre á mi lado, tenía que emplear todos los medios, valerme de todas las tretas posibles. Nuestra calle, nuestra casa, le disgustaban. Era preciso algo más alegre, más aireado, que la impidiese echar tanto de menos su malleón de los Agustinos. Alquilé, pues, en Charonne, en la calle de las Lilas, en el fondo de un jardín de hortelano, tres piececitas recién revocadas, adornadas con papel nuevo, adornándolas yo con un lindo mobiliario, algo más completo que el mío. Todas mis pequeñas economías—y permíteme este detalle, pero me he prometido decírselo á usted todo,—las economías que venía yo realizando desde hacía seis meses para mis exámenes y mis inscripciones, empleáronse en esos gastos, á los que bien sabía yo que usted pondría su vistobueno.

Belisario y su mujer ayudaron á la instalación, así como también la buena Zenaida, que vive en la misma calle con su padre, y con la que contaba yo para distraer un poco á mi pobre mamá.

“Todo esto se hizo á escondidas, una verdadera sorpresa de enamorado, puesto que en esta nueva lucha tenía yo que combatir á mi enemigo, á mi rival, en su propio terreno. La verdad, me parecía que estaría allí bien. Ese final de suburbio, tranquilo como una calle de pueblo, con los árboles pasando por encima de las murallas y los gallos dejando oír sus alegres toques de clarín, todo me parecía á propósito para alegrarla, dándole la ilusión de aquella vida de campo que tanto echaba ella de menos.

“Por fin, ayer noche, todo estaba dispuesto para recibirla. Estaba Belisario encargado de decirle que la esperaba yo en casa de los Roudre, trayéndomela á la hora de la comida. Yo llegué mucho antes que ellos, alegre como un niño, paseándome orgulloso por nuestra casita reluciente de limpieza, adornada con lindos visillos en todas las ventanas, y grandes ramilletes de rosas en la chimenea. Había encendido lumbre, pues estaba algo fresca la tarde, y eso le daba á la habitación un aspecto confortable y ya habitado, que me alegraba mucho. . . . ¡Pues bien! ¿Lo creerá usted? En medio de mi satisfacción, sentí pasar de repente un lúgubre presentimiento. Fué aquello vivo y rápido como una chispa eléctrica: “¡No vendrá!” Y por más que me trataba á mí mismo de loco, preparando su silla, su cubierto, acechando su paso en la calle silenciosa, recorriendo las habitaciones en donde todo la esperaba. . . . ¡bien sabía yo que no vendría! . . . En todas las decep-

ciones de mi existencia he tenido yo adivinaciones de esas. No parece sino que antes de herirme me avisa la suerte, por una especie de piedad, para que me sean menos dolorosos sus golpes. No vino. Belisario llegó solo muy tarde, con un billete que ella le dió para mí. No era muy largo; sólo algunos renglones escritos apresuradamente, anunciándome que estaba muy enfermo el señor D'Argenton, y que consideraba ella como un deber el ir á sentarse á su cabecera. En cuanto estuviese curado, volvería ella.

“¡Enfermo! . . . No había yo pensado en semejante cosa, pues yo también habría podido retenerla á mi lado invocando el mismo motivo. . . . ¡Oh, y qué bien la conoce ese miserable! ¡Qué bien ha estudiado ese corazón tan débil y tan bueno, siempre dispuesto á proteger, á entregarse! Usted le curó esas crisis extrañas de que se quejaba él en Etiolles y que se disipaban en la mesa, después de una buena comida. Pues esa enfermedad es la que ahora tiene. Pero mi madre, feliz sin duda al hallar una ocasión de hacer las paces con él, ha caído en el garlito. ¡Y pensar que si cayese yo enfermo, verdaderamente enfermo, quizás no me creyera!

“Pero volviendo á mi triste historia, ¿me ve usted solo en mi pabelloncito, en medio de mis preparativos de bienvenida, después de tanto vaivén, de esfuerzos, de dinero gastado tan inútilmente? ¡Ah! ¡Cruel, cruel! . . . No quise quedarme, y volví á mi antiguo cuarto. Habríame parecido demasiado triste, triste como una casa de muerta, pues para mí ya la había habitado mi madre.

“Me marché, dejando apagarse la lumbre en el hogar y deshojarse mis ramilletes sobre el mármol con un

ruidito suave. La casa está alquilada por dos años, y la conservaré hasta el final del contrato, con esa superstición que hace que se conserve mucho tiempo abierta la jaula de algún pájaro favorito que alzó el vuelo. Si vuelve mi madre, allá volveremos juntos; pero si no vuelve, nunca pondré yo allí los pies. Mi soledad tendría la tristeza de un luto.

“Y ahora que le he contado á usted todo, ¿necesito decirle que esta carta es para usted, y que no debe leerla Cecilia? Me avergonzaria eso demasiado. Me parece que, en su concepto, de alguna de esas infamias me haría á mí responsable, manchando la pureza de mi amor. Quizás ya no me amase.... ¡Ah amigo mío! ¿Qué sería de mí si semejante desastre ocurriese? Ya no me queda más que ella. Su ternura lo reemplaza todo; y en mi desesperación, al hallarme solo ante la ironía de aquella casa vacía, sólo he tenido un pensamiento, un grito: “¡Cecilia!”.... Si me fuera á abandonar ella también!.... ¡Eso tienen las traiciones de los seres queridos, que nos insinúan en el corazón el temor de otras traiciones... Pero... ¡qué tonterías digo! Tengo su palabra, su promesa, y Cecilia no ha mentado nunca.”



Jack se sentó sobre un banco para no caerse.